

A MODO DE DESPEDIDA

Queridas amigas, queridos amigos, compañeras y compañeros de trabajo,

Les escribo estas líneas, antes de saber lo que, en definitiva, pasará con mi permanencia en la División de Cultura. Últimamente, en varias reuniones de gabinete y con algunos responsables de áreas, les insistí que era bueno, antes de tomar unos pocos días de vacaciones, dejar la casa arreglada y los documentos en orden para facilitar la labor inicial de los nuevos eventuales responsables de la conducción de esta División. Es también por ello que me parece oportuno y de toda justicia, comunicarme de esta manera con todos ustedes para compartir mis sentimientos en esta hora.

Algunos momentos del pasado.

Cuando, hace ya casi tres años, llegué a ejercer este cargo, todos ustedes ya estaban al tanto de los extraños avatares ligados a mi nombramiento como Jefe de la División y a los obstáculos que tuve que sortear, con el apoyo de muchos amigos y de innumerables personas que en aquel entonces no conocía, para poder llegar a San Camilo 262.

Recuerdo la primera reunión en la cancha, frente al micrófono, bombardeado por las miradas escrutadoras de aquellos que debían llegar a ser mis compañeros de trabajo, atentos a cualquier tropiezo de mi breve intervención de saludo, con una mezcla de curiosidad y preocupación hacia este extranjero, recién nacionalizado y además artista, que se atrevía a asumir esa responsabilidad.

Los días, los meses y hasta unos años fueron pasando y, en su transcurso, junto a las nuevas relaciones de trabajo, se crearon lazos afectivos entre compañeros de sueños compartidos y, con algunos, un mayor grado de complicidad para asumir en plenitud los desafíos que implicaban las tareas por emprender.

Hoy, al mirar hacia el pasado reciente de la División, no puedo sustraerme a la necesidad y, en cierta medida también a la obligación, de entregarles a ustedes, mis colaboradores, un somero balance de lo acontecido en todo ese tiempo.

Pero, según el carácter que ya me conocen, me resisto a hacerlo al estilo de una “memoria” de simple gestión. Por el contrario, quiero dejar suelta el alma para que afloren sensaciones, estados de ánimo, recuerdos, con el desorden normal con que siempre acuden a nuestra mente.

Y aquí van, con el afecto y la transparencia que siempre he tratado de tener con cada uno de ustedes y con todos aquellos con quienes tuve la suerte de encontrarme en este camino.

Al partir.

Para empezar, sé que mi partida provocará sentimientos encontrados, como es normal en todo equipo humano que se ha ido formando en la práctica del trabajo en terreno, que suele poner en evidencia conductas inéditas y reacciones tal vez desconocidas aún por aquellos que las experimentan en carne propia.

Algunos se alegrarán, otros se sentirán tristes, otros más la mirarán con una buena dosis de indiferencia, como una despedida más de otro jefe que viene y se va, acostumbrados por los largos años de funcionarios del Ministerio de Educación.

Por mi parte, es imprescindible que les diga que trabajar en la División ha significado para mí un tiempo de experiencia vital y de reflexión profunda.

Ha sido muy hermoso el conocerlos y poder arriesgarme a establecer con ustedes, dentro de la estructura del aparato estatal, considerada por muchos como la expresión máxima de la burocracia, una relación de igual a igual, llana y sencilla, asumiendo no solamente las obligaciones éticas de mutua lealtad, sino que, también y con igual apertura, los encuentros llenos de alegría y los desencuentros inesperados y dolorosos.

Por lo demás, a lo mejor, y con razones muy sólidas, algunos piensen que no soy yo quien pueda o deba evaluar con imparcialidad lo que dejo y lo que me llevo.

Es que, afortunadamente, en el presente caso, pretendo ser lo menos objetivo e imparcial, porque me parece más importante que les pueda comunicar lo que realmente siento y que estoy dispuesto a compartir hoy con ustedes.

Cuando acepté este desafío, lo hice con la plena conciencia de que se trataba de uno de los más complejos que me tocó enfrentar en mi vida. No me preocupaba especialmente dirigir un equipo humano.

Mis anteriores experiencias en el canal 13 de la Universidad Católica y en la Escuela de Cine de la Universidad Arcis podían servirme de base para poder enfrentar con una buena dosis de esperanza esta nueva responsabilidad.

Lo que sí ha sido muy nuevo y estimulante, fue el hecho de poder plantear, a otro nivel, puntos de vista e ideas acerca de la gestión cultural y poder realizar algunos de mis más hermosos sueños en iniciativas concretas.

Sé que todos consideramos que la escasez de recursos ha sido el mayor obstáculo para desarrollar de manera más maciza nuestra acción en todo el país; sin embargo me atrevería a decir que, desde otra óptica, este hecho ha significado un continuo ejercicio de priorización y de selección muy necesario y beneficioso, cuando se trata del manejo de recursos públicos.

También hemos sufrido en carne propia lo que implica el hecho, casi inconcebible a esta altura de la historia de nuestro país, de no contar aún con una institucionalidad cultural moderna y ágil.

Sin embargo, por otra parte, el conjunto de documentos emanados de la División durante este período, elaborados con generosa participación y entrega de muchos, constituyen tal vez el mejor legado de mi corta gestión.

En ellos quedan esbozadas algunas líneas de reflexión y de acción que ustedes conocen y que significan una posibilidad cierta de enriquecer nuestro aporte específico, desde la óptica del Estado.

Conceptos como los de Ciudadanía, Cartografía de Chile, Cabildos, Esquinas, Región XIV, al relacionarse armónicamente y de manera decidida con el de Cultura, han logrado ensanchar nuestra percepción y la de muchos otros acerca de lo que entendemos como el camino más idóneo para conseguir la plena participación democrática y una mejor calidad de vida para todos los que conformamos la comunidad nacional.

En el indispensable trabajo de terreno, con la estrecha y abnegada colaboración de todos ustedes, hemos logrado concebir e instalar una nueva manera de ver y de realizar la acción cultural.

Me atrevo a decir que ella recoge el sentir de las comunidades de base y que trata de apoyar y promover su pleno desarrollo, respetándolas en su propia expresión cultural y en sus múltiples iniciativas.

A las realizaciones ya reconocidas y exitosas, como el Fondart y el Fondo del Libro, la Galería de arte Gabriela Mistral, el Bafona, las Orquestas, lo Audiovisual, el Teatro Itinerante, las Escuelas Artísticas y mucho más, se sumaron otras que vinieron a fortalecer y complementar la acción ya llevada a cabo con tanto éxito, antes de mi llegada.

Con la propuesta y la adopción de los tres ejes de acción: Descentralización, Cultura y Educación y Marginación y Cultura, pudimos optimizar los resultados del esfuerzo y el trabajo de todos.

Allí están los Talleres regionales de teatro y audiovisual, el Centro Cultural Carmen 340, el proyecto Liceo Abierto, las Esquinas Culturales, las iniciativas en las cárceles y con los discapacitados, la Cartografía Cultural y, últimamente, los Cabildos Culturales Comunales y el Cabildo Nacional de Cultura, Chile 2000.

Todo esto, y mucho más, no se habría podido lograr sin el apoyo generoso de todos y cada uno, sin distinción de cargo o capacidad creativa.

Nunca podré agradecerles suficientemente su lealtad y esfuerzo. Todo lo hecho es obra de ustedes y a ustedes debe ir el reconocimiento de todo el país.

La confianza necesaria.

Pero, también sé que algunos, por suerte muy pocos, han quedado heridos y muy dolidos por no contar con mi confianza. Permítanme que les dirija a ellos unas palabras de aclaración. En cualquier cargo que uno ocupe, hay necesidad de contar con un mini-equipo de personas cercanas, hombres y mujeres con quienes se pueda reflexionar e intercambiar dudas y hallazgos, hacer un trabajo conceptual y de laboratorio más exhaustivo .

No se trata aquí de descalificar humanamente a nadie por el simple hecho de no avenirse tanto, como para compartir la cercanía del trabajo y de los sueños.

La confianza de que se habla es una que tiene que ver exclusivamente con una manera de trabajar y de ver las cosas. Sé que ha sido duro para ellos, pero es bueno decirles que también lo ha sido para mí. En todo caso, siempre traté de aproximarme a sus reflexiones y sugerencias.

Por mi parte, en la decisión tomada, no ha habido ningún asomo de odiosidad ni de “desconfianza” que, desgraciadamente, suele producirse en este tipo de instituciones.

Simplemente, entre opciones alternativas, creí más oportuno y eficaz formar equipo con otros, asumiendo en plenitud la posibilidad de equivocarme. A aquéllos que, sin embargo, pude ofender con mi actitud les doy mis más sinceras disculpas.

Lo que queda aún por hacer, hacia adelante.

He repetido, tal vez hasta la majadería, que debemos instalar políticas de Estado para el desarrollo cultural de Chile. Por ello que mi sueño y esperanza es que las líneas de acción impulsadas hasta hoy puedan seguir en el tiempo para fortalecerse y ampliar sus objetivos.

Seguramente será con otro estilo, con otros puntos de vista, cada vez más acordes a las cambiantes situaciones del acontecer político y social, pero con esa permanencia necesaria que hace que algunos mecanismos de organización social se vuelvan forma de vida y visión de mundo, es decir, se transformen en la base de un

proceso cultural vivo y pujante.

Para que eso ocurra, entre otras cosas, es urgente e indispensable mantener un clima laboral de extraordinaria cohesión y confianza mutua en aquellas instituciones que, como la nuestra, tienen la responsabilidad de apoyar y promover la cultura en todo el territorio nacional.

Está claro que nadie puede entregar lo que no tiene. Muy a menudo, la desconfianza de los otros se debe a aquélla que nosotros mismos proyectamos a nuestro alrededor con nuestras pequeñas desavenencias, rencillas o divisiones.

Siempre he sostenido que los inevitables conflictos que se dan al interior de cualquier trabajo en equipo, derivados de la íntima convivencia de diferentes puntos de vista, no sólo son beneficiosos, sino que, además, son signo inconfundible de crecimiento y maduración en cualquier comunidad en la que se expresen.

El mayor desafío que se nos presenta es, entonces, el cómo asumirlos y solucionarlos, antes de que se transformen en antagonismos irreconciliables, que suelen destruir cualquier intento de construcción de armónicas relaciones entre los seres humanos.

Para tener éxito en el logro de ese objetivo, es que se hace indispensable entregar todos nuestros esfuerzos en la conformación de equipos alrededor de tareas concretas, tratando de reunir sus integrantes en base a sus intereses y capacidades.

Es evidente que ese intento de indudable buena fe, suele arrojar resultados disímiles, según el momento en el cual se pone en práctica y las diferentes personalidades de aquéllos que intervienen en él.

En el caso de la División de Cultura, me atrevo a decir que los resultados arrojan un saldo favorable y que, de alguna manera, se han configurado algunos equipos que pueden seguir adelante con gran eficacia y coordinación interior.

Los tres vectores para la acción.

Por otra parte, la organización del trabajo, enfocada en los tres vectores tan conocidos por ustedes: descentralización, marginalidad y cultura y cultura y educación, ha dado resultados objetivos de importante impacto. No es éste el espacio para hablar detalladamente de ello, porque pienso que los que me han acompañado por casi tres años conocen de sobra las diferentes etapas de su puesta en marcha ya que han sido sus principales realizadores.

Ojalá se pueda seguir por un tiempo en esa línea, para dejar establecidas con mayor solidez las iniciativas que han nacido desde la comunidad y que aún necesitan por un tiempo de nuestra asistencia directa.

Lo que aún se debe lograr.

Hay algunas situaciones que necesitan urgente solución dentro de nuestra infraestructura.

Entre las que considero más importantes está el problema de un espacio digno y adecuado para el Bafona y las orquestas, la de Cámara y la Sinfónica Juvenil, que dependen de la División de Cultura. A los responsables de esos conjuntos estables les consta que hemos tratado, por todos los medios a nuestro alcance y recurriendo a las más variadas ideas, de solucionar ese aspecto, sin lograr el éxito esperado, debido principalmente a la falta de los mínimos recursos económicos necesarios.

Me alejo con la pena de no haber conseguido ese objetivo que considero indispensable y de estricta justicia para la dignidad de los trabajadores del arte. Es de esperar que las próximas autoridades tengan la posibilidad de ver este sueño hecho realidad.

Habría muchas cosas que seguir compartiendo, pero me parece que nos desviaríamos del sentido que tiene esta nota para todos nosotros.

Creo que, pase lo que pase, seguiremos encontrándonos en algún momento y en algún lugar. Allí está mi vida de aval, gastada enteramente en el trabajo cultural.

A estas alturas, además, no sabría que otras cosas hacer que signifiquen tanto como el tratar de seguir construyendo con otros los sueños que sigo soñando y que tengo la infinita pretensión de poder compartir con los demás.

Gracias por todo lo que he recibido de todos ustedes y espero que algo haya podido dejarles en este tiempo de vida en común entre las paredes de San Camilo 262.

Un grande y fraternal abrazo a todos y cada uno,

Claudio di Girólamo